

## Leyendas de Oaxaca

Por Alfonso Francisco Ramírez

### I. - LA PRINCESA DONAJI

Mucho tiempo antes de la llegada de los conquistadores, lo que hoy es el Estado de Oaxaca se encontraba poblado por diversos grupos étnicos, destacándose por su número y desarrollo cultural, los mixtecos y los zapotecas.

Vivían los primeros en la región más montañosa, donde los picachos parecen perforar la inmensidad azul, y los barrancos se hunden en profundidades de tiniebla. Mixteco significa: "habitante del país de las nubes". El ambiente hostil y la naturaleza inclemente forjaron una raza dura, indómita y bravía.

En la vasta comarca denominada Mixtecapan prosperaban los señoríos de Achiutla, de Tilantongo, de Coixtlahuaca, de Tututepec. Una raza laboriosa, sobria, altiva, cultivaba penosamente las laderas de sus altos montes y las suaves planicies que van hacia el mar. Con genial sentido artístico labraban pectorales de oro, esculturas de jade; orejeras de obsidiana, copas de cristal de roca, vasijas de alabastro.

Mas también eran guerreros. Más de una vez lucharon contra el imperialismo mexicano. Cuando Moctezuma Ilhuicamina, comandando personalmente formidable ejército, atacó a Atonaltzin, monarca de Coistlahuaca, fue vergonzosamente vencido. Volvió más tarde, sojuzgando varios pueblos y ejerciendo sangrientas represalias. Cuando Moctezuma Xocoyotzin invadió el reino de Achiutla, fue sorprendido y duramente castigado en las inmediaciones del río San Antonio, por las tropas del señor de Sosola. Cuando Tizoc, sucesor de Atzayacatl, hizo repetidas incursiones por la Mixteca Alta, para reprimir las rebeliones de los caciques de Yanhuitlán y Chila. Cuando derrotaron a Cuitláhuac, que mandando pederosa columna, se internaba en dirección a Huautla.

Los zapotecas se asentaban en los plácidos valles de Huaxyacac, Etlá, Zimatlán y Tlacolula. Eran aguerridos, tenaces, atrevidos. Formaron el imperio de Teozapotlán, con su capital en Zaçachila.

Realizaron grandes progresos en la medicina, en la astronomía, en la danza y en la música. Capitaneados por Cochicahuala, que significa: "el que pelea de noche", se aventuraron rumbo al sur, viniendo a chontales y chatinos, llegando hasta Coatlán (Miahuatlán).

Erigieron una ciudad sagrada en Monte Albán y las maravillas arquitectónicas de Mitla, que después ocuparon los mixtecos, juntaponiendo las formas de un arte más exquisito y refinado.

Pues bien, estas dos grandes razas (mixtecos y zapotecas) convivieron pacíficamente durante largas décadas, y aun llegaron a concertar alianzas militares. Pretendiendo extender sus dominios, los zapotecas efectuaron una incursión por la zona mixteca, solicitando la cooperación de soldados mixtecos. La lucha fue prolongada y terrible, sin que se lograra vencer la resistencia de aquellos hombres extraordinarios que se defendían en los abruptos pliegues del Zempoaltépetl.

Juntos pelearon contra las fuerzas de Ahuizotl. Se situaron en la fortaleza natural de Quiengola. Almacenaron todo linaje de provisiones, construyeron aljibes donde colocaron peces vivos, y esperaron. Los mexica les pusieron sitio, intentando inútilmente rendirlos por hambre. Los zapotecas peleaban con denuedo; las peligrosas y sorpresivas salidas nocturnas estaban encomendadas a sus aliados.

Contemplando sus tropas cada día más diezmadas, los mexicanos inician pláticas, siendo el resultado de las mismas que la princesa Coyolicatzin —copo de algodón— hermana o hija de Ahuizotl, contrajera matrimonio con Cosijoeza, rey de Zaachila. Este afirmó su dominio sobre Tehuantepec, a sus aliados se les concedió una faja de terreno que se denominó "Mixtequilla", y el orgullo azteca sufrió una herida incurable al permitir, por primera vez en su historia, que un rey extraño emparentara con la casa real.

Pasaron los años. Cosijoeza, ensoberbecido por sus relaciones con los mexicanos, juzgó inútil seguir conservando sus ligas de amistad con los mixtecos, y los conminó a que abandonaran "Mixtequilla" y Cuilapam. Rudos soldados arrojan de sus chozas a sencillos labradores. La respuesta altiva de los mixtecos no se hace esperar. Su caudillo Dzanhuindanda venga el ultraje, inflige aniquiladoras derrotas a los zapotecas que pierden Monte Albán, Mitla y otros lugares principales, viendo amenazada su propia capital. Solicitan un armisticio. Les es concedido. Las águilas mixtecas que, desde las cumbres asechan la fertilidad de los valles que contrastan con la aridez de sus montañas, dictan las condiciones de paz: que la única princesa zapoteca, la incomparablemente bella Donají, les fuera entregada en rehenes, entendido que si los zapotecas faltaban a su palabra, atacando las guarniciones de Monte Albán o Cuilapam, la princesa sería sacrificada.

Fue así como Donají, linda doncella que ostentaba una noche en los ojos "y en la boca un coral", fue llevada al campamento mixteco, acompañada de sus damas de honor.

Las auroras se encendían en los lejanos horizontes, volcando sobre el valle claridad y perfumes. Las tardes morían en el misterio del poniente, entre nubes de púrpura y de oro. Y la real prisionera iba

languideciendo enferma de la nostalgia de sus jardines, donde se deshojaban sus rosas a la sombra de copudos nogales centenarios.

Llegaron los frescos vientos de diciembre. El día había sido sumamente agitado para la guarnición, ocupada en maniobras militares. La tiniebla es densa y mortal el silencio. Sobre los bastiones, los centinelas reclinan pesadamente la silueta broncea de sus cuerpos cansados. El sueño ha descendido sobre las almas. Solamente la princesa vela.

Piensa llegada la ocasión de escapar, librando a su pueblo de las duras sanciones que le impusieran sus vencedores. Envía con una de sus damas aviso a los zaachileños para que sorprendan a sus enemigos, entregados al descanso. Cosijoeza moviliza sus tropas con rapidez relampagueante, comunicando a la princesa que, cuando una flecha penetrara en su habitación, señal del ataque, procurara ponerse a salvo.

Se inicia una lucha pavorosa en las sombras. Los mixtecos desorganizados en un principio pronto se rehacen, retirándose ordenadamente hacia las estribaciones septentrionales de Monte Albán.

Buscan sus fieles a la princesa, sin encontrarla. Uno de los prisioneros les informa que, al principiar el combate, los capitanes que la custodiaban la habían sacado apresuradamente de sus habitaciones, llevándola hacia el río Atoyac, que se desliza mansanamente al pie de la fortaleza. Inútilmente recorren las arenosas márgenes, registran los sonantes cañaverales, escudriñan bajo los viejos sauces. No existe huella alguna.

Los capitanes mixtecos degollaron a Donají y sepultaron sus despojos, cubriéndolos con tal habilidad, que fue imposible dar con ellos. Consumado el holocausto, se remontaron a sus cumbres.

Transcurrido algún tiempo, un pastorcito contempló, cerca del río, un hermosísimo lirio morado, que exhalaba inefable aroma. Sorprendido de la belleza casi divina de la flor, no se atrevió a tocarla, y comunicó su hallazgo a los grandes sacerdotes del templo pagano que se levantaba en Zaachila. Nobles y sacerdotes acudieron al lugar, e intrigados por la flor deslumbrante y rara, practicaron una cuidadosa excavación, encontrando los despojos mortales de la princesa: "la cabeza, con el cuello hacia abajo; la cara al oriente, algo inclinada hacia la izquierda con las raíces del lirio sobre la frente y sien derecha, al parecer dormida, conservándose sin putrefacción alguna".

Elevaron plegarias a sus dioses y dieron a la princesa sepultura en la capital de su reino.

En 1827, el Gobierno del Estado escogió a esta heroína zapateca, para figurar como significativa alegoría en el escudo de armas de Oaxaca, que por ello ostenta una delicada cabeza de mujer.

Y es así como vive en la leyenda, y en el alma oaxaqueña, la intrépida y generosa **Donají** que inmoló su existencia por su pueblo, dulce princesa que en su faz morena llevaba impresa la melancolía de una raza vencida, y la dulzura de los crepúsculos que iluminaron de gloria su cautiverio imperial.

## II. - DZANHUINDANDA

Los mixtecos descienden de los dioses. A sus progenitores divinos deben su fortaleza, su altivez, su valentía. Mas su origen es tan remoto, que se pierde en el mar sin riberas del tiempo. Apenas si han llegado hasta nosotros tenues destellos de historia, que no alcanzan a iluminar aquel fondo misterioso de inefable eternidad.

Cuentan los ancianos, repitiendo lo que ha mucho escucharon decir a los abuelos, que los mixtecos nacieron así: en el pueblo de Achiutla se encuentran dos ásperos montes, separados por profundo barranco en cuyo fondo se desliza un río. Sus aguas fecundaban dos árboles que crecían majestuosamente a su orilla. Uno era corpulento: tronco de negra corteza, fronda que se balanceaba cuando el viento huracanado sacudía sus densos ramos. El otro era grácil: de hojas abrigadas con gotas de rocío. A la hora en que el bochorno despierta la sed, de su ramaje escapaba voluptuosa la canción de la tórtola.

Estos árboles se amaron. Las hojas desprendidas de sus ramas se mezclaban en la mansa corriente, que aquí y allá se arremolinaba en claros copos de nupcial espuma. Y engendraron un hombre y una mujer que, al reproducirse, poblaron los contornos de una raza belicosa y fuerte.

Los cronistas indígenas narran en sus códices que en el principio de los tiempos, dos deidades descendieron del firmamento, dejando en la tierra, entonces desierta, una marca de luz. Allí nació un árbol hermoso y florido. De su tronco salió un varón, después una doncella. Se dirigen a una montaña bordeada de siete cuevas, donde se establecen, tras de vencer a las fieras que por allí vagaban. De su unión nacen los primeros reyes mixtecos que lucen símbolos de serpiente, mariposa, águila y tigre.

Aquel pueblo se fue multiplicando. La comarca era insuficiente para alimentarlos. Los jefes de las tribus acordaron separarse, tomando nombres diferentes. Y se fueron alejando de su hogar. Caminaron leguas y leguas por parajes nunca hollados, hasta que la fatiga los entregó en brazos de la noche.

Pero hubo un guerrero, orgulloso y audaz, que no se unió a ninguno de los clanes. Separado de los suyos, se dirigió solo, con paso firme, pausado y seguro, hacia el confín cerrado de neblinas; era un caballero águila. Como armas, llevaba el "macuahuitl" (espada prehispánica) y como defensa el "chimalli" (escudo). Su cabeza está protegida por el casco, que viene a ser la cabeza del águila. El cuerpo del ave cubre su cuerpo membrudo. Las alas se extienden a lo largo de los brazos. Las garras se acercan a los pies. Un collar de corales y turquesas, con cascabeles de oro, brilla en su pecho. Semejantes son las orejas. En su espalda lleva un estandarte o insignia, fuertemente atado, para que sólo con la muerte pueda desprenderse de su cuerpo. Sus sandalias son sencillas. El arrojo de la juventud arde en sus ojos de obsidiana. En su siniestra mano, el arco y un manojo de flechas.

Solo, se interna en los bosques umbrosos. Ni asechanzas de fieras ni venenosas serpientes detienen su paso. Baja a la llanura de Tilantongo desolada y ardiente. Arbustos raquíticos, hierbas calcinadas.

Un escaso hilo de agua que escurre de la montaña, pronto desaparece en oscura grieta, con el rumor de un sollozo. El sol esplende soberano en el cenit, sus rayos son dardos que hieren. El guerrero se siente irritado en aquella atmósfera de fuego. Gira la mirada en torno: nadie, ni un hombre, ni una bestia, solamente el sol implacable y cruel.

Entonces levanta la faz, embraza el arco y dispara una flecha al astro rutilante, señor único de la comarca. Y la flecha se pierde en la inmensidad. Sigue su marcha el día. El guerrero lanza otra flecha. Principia a descender el sol, que va hacia su ocaso. Una flecha más vibra en el aire, y otra más y otra más. Nubes rojas, de rojo sangriento, se amontonan en el poniente. Mortalmente herido, cae el sol en la tumba abienta detrás de las montañas, que lentamente se hunden en la sombra.

El "Flechador del Sol" se establece en la tierra conquistada. Funda un señorío. Desde entonces, la idea de la victoria sobre el sol aparece en el blasón de los mixtecos, que pintaban en sus escudos un capitán con penacho de plumas, escudo, arco y saetas en las manos, y enfrente el sol, cayendo entre nubes.

Las demás familias mixtecas se dispersaron por montes, collados y los angostos valles que se abren ocasionalmente en las abruptas sierras. Unas erigieron Teposcolula, cabe anchuroso río; otras se asentaron en el "Cerro de Chalchihuitl" (Chacaltongo), en el "Lugar de las abejas" (Jicatlán), en el "Cerro de las Flores" (Yucuita), o se fueron hacia el sur, quedándose en Nuñuma (Tierra de niebla), en Nundaa (Tierra del maíz), en Nundehui (Tierra del cielo), llegando hasta las planicies de la costa.

Integraban comunidades laboriosas, pacíficas, sin perder sus características guerreras. Cultivaban maíz, frisol, verduras, árboles frutales. Eran hombres rudamente trabajados, sobre el suelo pobre. Se vestían con gracia, y en sus festividades, con elegancia, siendo de admirar sus trajes por el colorido y la armonía de sus líneas.

Su existencia no dejaba de ser azarosa. Los mexicanos constituían perenne amenaza por sus ambiciones expansionistas y sus "guerras floridas", realizadas para capturar prisioneros que sacrificar a sus sanguinarios ídolos. Los zapotecas se movilizaban cautelosamente en las eminencias que custodian el valle de Oaxaca. Los mixtecos vivían alerta.

Uno de sus jefes, descendiente de los árboles de Achiutla, era Dzanhuindanda. Sacerdote, caudillo, gobernante, cuidaba patriarcalmente de sus pueblos, solucionando sus diferencias y estimulando su progreso. Poseía mágicos poderes. Los dioses buenos que tutelaban la patria, le habían hecho el regalo de una gran bolsa o talega.

Cuando el enemigo rebasaba las fronteras, incendiando sembrados, destruyendo chozas y victimando inocentes, Dzanhuindanda subía a la montaña sagrada, en cuya cima fulguraba el relámpago y la tempestad batía sonoramente sus alas de bronce. Allí, en la cumbre que a nadie había sido dable contemplar, su figura se agigantaba de modo fascinante. Su frente casi tocaba las altas nubes transeúntes. Su adusta faz era imponente, en la vaga luz crepuscular. El viento agitaba su veste. Y entonces, invocando a sus dioses, sacudía con potente brazo

la enorme bolsa o talega, y de ella salían, en sucesión interminable, guerreros armados de lanza y rodela, que bajaban como torrentes por las laderas de la montaña.

Hábil estratega, los adiestraba prestamente en la llanura, lanzándolos sobre los invasores que, confiados en la escasez de las fuerzas contrarias, eran sorpresivamente destrozados.

Así obtuvo grandes y celebrados triunfos. Y su fama creció a tal grado que de reinos distantes llegaron embajadores con ricos presentes, rogándole que, como sumo sacerdote, consultara a sus dioses acerca de sucesos afortunados o siniestros para sus monarquías.

Dzanhuindanda gozaba del cariño de su pueblo. Dábale consejos para mejorar sus sementeras, evitaba desuniones, y entre aromosos cendales de copal, pedía a los dioses lluvia, bienestar y abundancia. Pero cada vez que una amenaza proyectaba sombra sobre su pueblo, ascendía a la montaña sagrada, para sacudir el mágico bolsón de que brotaban denodados y pujantes guerreros, que con hondas, lanzas y dardos, desbarataban las huestes enemigas.

Siglos y siglos han pasado por la pantalla del tiempo, exhibiendo triunfos y derrotas, alegrías y amarguras. Fueron derruidos los oratorios, y en su lugar se levantan templos cristianos. Los caciques murieron, los indígenas fueron brutalmente diezmados. Pero Dzanhuindanda vive, y allá en lo más alto de la montaña, donde nadie ha mirado, se yergue como símbolo del valor que no se rinde nunca y del orgullo que no se doblega jamás.

---

### III. - ITA ANDEHUI

En su perfumado bosquecillo que se extiende al Este del imponente Xucutuó (Cerro Negro) vivía hace muchos años una doncella mixteca, la bellísima **Ita Andehui** (Flor del cielo), en compañía de su madre Cozcaxochitl (Collar de flores). Su padre Coyotzin, aguerrido capitán de la Guardia Real de Nuutnó, hoy Tilantongo, había muerto.

La casa, hecha de madera y paja, se levantaba en una meseta rodeada de altos ocotales, frondosas encinas y flores de vivo colorido y exquisito aroma. En el esplendor del medio día, la muchacha bajaba de la colina con gracioso andar, y en un arroyo de frescas aguas sumergía la gloria morena de sus dieciocho primaveras.

Un día, recién salida del baño, se disponía a regresar a su choza, llevando al hombro un cántaro de agua, cuando de la maleza surgió un cazador con arco y macana, desapareciendo al instante con suma cautela en el bosque. Era el guía. Tras él venían guerreros en tropel. A los pocos instantes cobraron la presa, y apareció el jefe Anón Nau, arrastrando un hermoso tigre. Medrosa, Ita Andehui quiso huír, pero los cazadores calmaron sus temores, diciéndole ser gente honrada, de quien nada había de temer. Tras la sorpresa, impresionadas miradas se cruzaron entre la dulce joven y el gallardo mancebo.

El amor ataba con sus lazos invisibles dos almas. Ita Andehui soñaba durante los mansos atardeceres que extendían su manto de púr-

pura sobre los bosques centenarios y en las noches de luna pobladas de misteriosos rumores. Anón Nau se alejó de amigos, juegos y cacerías, para pensar en aquella muchacha deliciosa y florida.

Por intermedio de una de sus hermanas, amiga de Ita Andehui, concertó con ésta, después de ruegos y vacilaciones, una entrevista en la Rosa Gris, junto al Adoratorio que allí se había erigido en honor de los dioses mixtecos. En la paz del silencio nocturno, los amantes se juraron eterno amor, en presencia de un idolillo azul, numen del himeneo. Cuando las promesas temblaban en sus labios, Cozcaxochitl apareció. Severamente reconvino a su hija y al galán por haberse visto sin anuencia de sus padres, y en forma que contrariaba los rigurosos cánones de la moral indígena, y se acordó ir al Santuario de Achiutla, para que el gran Sacerdote les otorgara el perdón de su falta.

Dos días después, se dirigieron al mencionado centro religioso, donde se advertía animación extraordinaria, pues estaba por verificarse la fiesta del "fuego nuevo" que cada 52 años se celebraba. Recibidos en la Sala de Audiencias, el Pontífice escuchó atentamente a los peticionarios, y amonestando a los enamorados, les impuso como penitencia un ayuno de veinte días, ofreciéndoles santificar su amor, terminadas las festividades.

Cumplida que fue la sanción, vino la petición formal de la novia. Anón Nau acompañado de su madre Papalotzin (mariposa), de dos de sus tíos y un anciano sacerdote, se dirigieron al Bosque de los Pinocotes. Fueron amablemente recibidos en la cabaña. Expusieron sus deseos a Cozcaxochitl, entregándole según era usual rico presente de comestibles, y joyas de oro y plata. Y como el pretendiente era un muchacho honrado, trabajador y de buena familia, pues su padre Tliltolol (Pájaro negro), había sido noble, le fue concedida la mano de Ita Andehui, fijándose fecha para la boda.

Llegado este día, nutrida caravana llegó a la casa de la prometida; Papalotzin, Anón Nau y sus acompañantes, ricamente vestidos. Se hizo entrega de las donas. Colocaron a la novia en silla de manos, sostenida por cuatro guerreros y se encaminaron al Santuario de Achiutla. Penetraron en el recinto adornado de albas flores.

"Ita Andehui, escribe el cronista, vestía el traje blanco de boda, símbolo de la pureza, compuesto de huipilli y enagua, ambas piezas recamadas de finísimos y artísticos bordados. El manto prendido por la mitad, en la parte posterior de la cabeza, le caía graciosamente hasta la orilla de la enagua. Su tocado constituían dos hermosas trenzas con borla en los extremos; raya en medio de la cabeza y una cinta angosta de oro en forma de diadema, indicando con este adorno que su origen era noble. En las orejas tenía zarcillos de oro figurando un pequeño colibrí; en el cuello una gargantilla de cuentas de oro, con una rosa pendiente, en cuyo centro se veía una parte del firmamento con tres pequeñas estrellas en triángulo; en los brazos pulseras de oro con un mito y con pendientes de pequeños cascabeles, y en los dedos de las manos seis sortijas de oro con figuras mitológicas. Calzaba finísimas sandalias de pita, atadas con cintas blancas y rojas desde la parte superior del pie hasta arriba del tobillo, en donde se dejaba ver una a-jorca de piezas de obsidiana y oro".

Anón Nau (Corazón de Tigre), joven apuesto, de tez cobriza, negra mirada ardiente, frente amplia, vestía una larga túnica de “seda silvestre con pechera, hombros y puños bordados, en que se veían preciosas labores de color morado, azul y amarillo combinadas con figuras de pájaros, tigres y leones, ceñida a la cintura con faja morada y cuyas faldas que le llegaban al muslo remataban con un mosaico de finísimas plumas, calzón blanco poco ajustado, con tres listas circulares, cactli negro con listas blancas y hebillas de oro, figurando una tortuga. Atada al cuello y colgando por el hombro izquierdo, la capa señorial”.

De pie el Pontífice frente a los contrayentes, les dirigió breve exhortación y tras las frases de ritual, tomó la capa de Anón Nau prendiéndola al manto de Ita Andehui, y una trenza de ésta la ató al brazo de aquél. Tres veces los zahumó con incienso, y los declaró legalmente unidos en matrimonio.

En la casa de Anón Nau, se verificó la ceremonia doméstica. El sacerdote Coyolcoatl bendijo nuevamente a los novios. Sirvióse el banquete, obsequiándose a los invitados caldo de guajolote, dos moles, tortillas, fruta y miel. La novia vestía elegante traje azul. Terminado el baile, los novios se retiraron a su cabaña. Muchos soles y muchas lunas contemplaron su luna de miel.

Pero un día Moctezuma invadió los dominios de los reyes mixtecos. Presto se alistaron batallones en Sosola, Teposcolula, Nochuxtlán, Yanhuitlán, para contener el avance de los méxicas. Todos los hombres capaces de combatir fueron convocados. Y Anón Nau tuvo que partir, dejando anegada en lágrimas a su joven esposa.

Rudos y prolongados combates se libraron en Tlacotepec, siendo derrotadas las fuerzas de Moctezuma con grandes pérdidas. Varios guerreros se distinguieron por su arrojo y destreza, siendo uno de ellos Anón Nau, quien fue investido de la categoría de “caballero Aguila”, y después comisionado para negociar una alianza con los tlaxcaltecas y huetjotzincas.

Entre tanto, Ita Andehui había dado a luz un niño a quien se llamó Citlaltémoc (Luce que descende). Las horas, al pasar, dejaban sólo amargura en sus labios, al no saber de su esposo. En un nochecer, estando reunida la familia en la Roca Gris, cerca del Adoratorio, una hechicera se presentó diciendo que ya regresaban vencedores los guerreros mixtecos, menos algunos de sus jefes, contándose posiblemente entre los desaparecidos Anón Nau. La desolada joven fue presa de infinita angustia, y trastornada por el dolor, se arrojó al precipicio que se abre en uno de los flancos de la montaña.

Fue recogido piadosamente el cadáver, y embalsamado por dos médicos. Se le vistió con sus mejores galas y joyas de oro. Practicadas las ceremonias de la liturgia, fue depositada en una cripta, colocando a su lado piezas de cerámica, un retrato, amuletos, y vacijas con maíz para el viaje a la otra vida. La puerta fue clausurada con una losa adornada de jeroglíficos.

Pero Anón Nau no había muerto. Cumplida eficazmente su misión, regresó triunfal y gozoso, dando al Rey parte de su encomienda. Se dirigió a casa esperando encontrar los amorosos brazos de Ita

Andehui; al enterarse de su cruel fallecimiento, fue presa de extraño delirio. Ni las miradas de su pequeño hijo fueron capaces de consolarlo. Y enfebrecido, se dirigió presuroso a la cúspide de la montaña, arrojándose al abismo en el mismo lugar en que lo hiciera Ita Andehui.

Desde entonces, en las noches medrosas, se escuchan en aquel paraje juramentos de amor y hondas lamentaciones de dos almas que unidas en comunión de amor, están sin embargo condenadas a vagar eternamente bajo la bóveda estrellada sin poder jamás, por haberse privado de la vida, ascender a la mansión de los dioses.